



LOS PELIGROS DE LA MAXIFALDA

WASHINGTON.—Me he abstenido de hacer comentarios sobre la maxifalda, con la esperanza de que iba a desaparecer. Pero como cada día veo más, no puedo callarme por más tiempo.

No soy precisamente un mojigato en cuestiones de ropa femenina, pero cuando las señoras de buena familia comienzan a enseñar sus tobillos en público, es que algo marcha mal.

Nuestra sociedad no está preparada para la maxifalda. La impresión de ver a una dama de buena posición pasear por la Quinta Avenida de Nueva York, con la parte final de sus piernas sobresaliendo de la falda, puede destruir la moral de la nación. ¿Cómo puede un hombre concentrarse en su trabajo cuando es deslumbrado por el vergonzoso espectáculo de unas mujeres que muestran la parte más baja de sus piernas frente a cualquier hijo de vecino?

Un tobillo bien formado induce malos pensamientos en cualquier hombre normal, y las mujeres que llevan maxifalda están excitando y provocando, sin saberlo, a los hombres. Confieso que hasta alguien como yo, que ha llevado una existencia pura y mundística, encuentra difícil contener su admiración al ver una maxifalda. Se enseña demasiado para poder resistirse. Sólo con una gran fuerza de voluntad he podido resistirme a la tentación de levantarme y tocar para ver que aquello era verdad.

Lo peor, para todos los hombres, es el momento en que la mujer con maxifalda se sienta. La falda resbala y entonces vemos parte de las espinillas. Y, aunque lleve medias, el efecto puede enloquecer a un hombre.

Más de una vez he visto a mujeres que, a propósito, levantan la falda dos, tres y hasta cuatro centímetros sobre los tobillos, con coquetería, sin pensar en las consecuencias. No se dan cuenta de que con este atrevido gesto el hombre que las ve se siente inclinado a besarlas.

Al considerar el daño que las maxifaldas están causando, no hablo sólo en mi nombre. Tengo un amigo que no puede dictar cartas a su secretaria desde que ella usa maxifalda. Cuando se sienta, cruzando las piernas y enseña las botas, mi amigo se pone nervioso. Ya le ha dicho que si continúa usándola tendrá que despedirla. Conozco a otro señor, de reputación impecable, a cuyo nombre jamás se ha asociado el más leve escándalo, que subió al coche de la esposa de un amigo suyo. Para conducir mejor, ella se subió la falda. Alguien los vio y mi amigo quedó tan comprometido que tuvo que irse a vivir a otra ciudad. Estoy seguro de que hay casos, muchos casos, semejantes y que las maxifaldas han destruido más de un hogar feliz.

El peligro mayor de la maxifalda es que si se acepta, los modistas se animarán y, poco a poco, irán acortándola. Este año se enseñan los tobillos; el año próximo, la parte inferior de las piernas, ¿a dónde vamos a parar?

A menos que paremos la tendencia y rechacemos la maxifalda como inmoral, nuestras mujeres se convertirán en objetos de exhibición... Porque, después de todo, a pesar del estricto clima moral en que ahora vivimos, no somos de piedra...

(Copyright 1969, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service Inc.—Agencia Zardoya.)

Los Panteras Negras trataron de lanzar, entonces, otro programa menos comprometedor —la creación de dispensarios médicos gratuitos

en los barrios negros—, pero sólo pudieron montar unos pocos, debido a la escasez de sus medios económicos. ■ M. H.



Hospital para drogados

EL MILAGRO DE DAYTOP

Daytop es una comunidad de fines terapéuticos que funciona como una comuna popular y en la que se cuida, haciéndoles vivir juntos, a los drogados, principalmente a las víctimas de la heroína. Daytop fue fundada en Nueva York, en Staten Island concretamente, en 1964. Desde 1958 existen comunas similares en la costa californiana, entre otras, los establecimientos de Synanon. Lo que les interesa es triunfar donde la ley y la represión policíaca han fracasado siempre, lo mismo que la medicina oficial. En los hospitales se reemplaza oficialmente la intoxicación de la heroína por otra, la de la metadona, que es un narcótico sintético. De este modo, el drogado ya no tendrá que robar para financiar sus compras de heroína; pero se convierte en un enfermo incurable controlado, que, en todo caso, puede readaptarse socialmente, pero que sigue siendo un intoxicado en toda la extensión de la palabra, puesto que depende de una droga. En Daytop no hay ni policías ni psiquiatras ni droga sustitutiva. No hay vigilantes ni vigilados. Y la gente se desintoxica. Para mí esto es un milagro. Tenía ganas de ver nuevos métodos de aproximación terapéutica. En el psicoanálisis, el

terapeuta nunca está implicado respecto a su cliente. En Daytop he hallado una aproximación que se sitúa al nivel de la relación con terceros. Del amor. Cada cual es el terapeuta del otro. Antes no conocía la droga. No hablo, naturalmente, del haschisch o de la marihuana, que he fumado, «como todo el mundo», en Estados Unidos. Pero durante mi estancia allí he tomado LSD y probablemente no volveré a tomarlo, salvo, eventualmente, pequeñas dosis de 50 microgramos. Lo he tomado dos veces. Una, 250 microgramos, y la otra, 500. Pero no quiero volver a correr riesgos, aunque sean mínimos. Cuando lo hice me interesaba demasiado el tema, y no me arrepiento, porque se trata de una experiencia fantástica. Pero en lo que se refiere a la heroína, siempre me he resistido, es francamente peligroso.

Cuando llegué a Daytop y les dije que era un psicólogo se rieron. No sienten el menor respeto por la medicina del «establishment». Rápidamente me convertí en su «hermano». Me quedé allí ocho días y luego comprendí que si quería comprender realmente no debía seguir siendo «el invitado». Me instalé en